De un amor perdido en colores

Green Rose

Image not found.

Capítulo 1

<<De un amor perdido en colores>>

En aquel entonces, mi amor no tenía forma o color.

Aun hoy, supongo que me es difícil explicar cómo un par de alas rojizas, y una canción perdida, pudieron devolverme las emociones que tanto me inspiraron y me había esforzado por olvidar.

Si mal no recuerdo, aquella mañana, de rastro dorado y cielo transparente, me encontraba frente a un lienzo inmensamente blanco, dolorosamente vacío.

El tema a retratar, para esa ocasión, eran las distintas formas de amor que pudiésemos encontrar. Pero, ¿De verdad existían tantas? Yo pintaba desde que podía sujetar un pincel, sin embargo, nunca había intentado seguir un tema en particular. Tan solo me limitaba a dibujar aquello que los colores me susurraban al oído. Por ello, sin poder contener mi frustración ante el vacío que abarrotaba cada parte del lienzo frente a mí, decidí que, continuar con el arte, terminaría sacando lo peor de mi trabajo.

Quería renunciar a la pintura.

Yo no era capaz de plasmar ningún sentimiento claro en lo que dibujaba, y eso, según todos, no era lo correcto en un artista. Pero siempre hubo algo, una voz más profunda, la cual, no me permitía soltar el pincel y rendirme sin dar pelea.

A pesar de todo, mi enfado no daba tregua alguna. Fue así como, preso del enojo, y a merced de mis cortos trece años, tiré las pinturas contra el pulcro lienzo, llorando sin reparos sobre el desastre que había causado.

Recuerdo haber estado a punto de darme por vencido, cuando escuché un par de golpes en la puerta, seguidos de unos pasos débiles, que hallaron la forma de ingresar a la sala de arte, sin tropezar con los demás cuadros y elementos del aula.

Ya era bastante tarde, los demás alumnos se habían marchado hace algunas horas, pero mi terquedad me impidió abandonar una obra en triste blanco. Respiré un par de veces, para poder ocultar las marcas de mi llanto e irritación anteriores y levanté la mirada hacia la persona que

ingresaba discretamente al salón.

Era una chica, y sin lugar a dudas, debía tener una edad similar a la mía. Venía sonriente, dejándose caer en la silla que se encontraba al lado. Sin detenerse mucho sobre el mar de tintes derramados en el suelo, dirigió su atención al lienzo que no pude vencer y que ahora, manchado de formas confusas, parecía enviarme miradas de desaprobación desde lo imposible.

Pero la joven, siempre impredecible, me dedicó una sonrisa llena de orgullo y exclamó:

-Es el paisaje más bonito que haya visto.

-¿Paisaje?- No entendía a lo que se refería, hasta que vi con cuidado el lienzo. Ciertamente, parecía haber sido salpicado por un aluvión de tonos, sin respetar un orden aparente, pero, si lo veías desde determinado ángulo, aparecía un paisaje lleno de bosques, cuyos arboles brillaban en colores diferentes. Era absurdo e increíble a la vez. Y lo más extraño, fue que ella lo vio primero.

Me quedé sin palabras. Al final, la chica levantó con cuidado una llave dorada, la cual extendió delante de mí. Ella me explicó que era la encargada de cerrar las aulas cuando ya era tarde. Pero, después de pensárselo bien, decidió que lo mejor sería entregarme las llaves del salón de arte, así podría quedarme unos momentos más, o al menos, el tiempo suficiente como para terminar el cuadro.

-Cuando hayas encontrado lo que buscas en la pintura, puedes venir a buscarme y devolverme la llave. Estaré esperando.-Dijo mientras se retiraba, con un aura de misterio que yo no terminaba de comprender.

En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba solo frente a un lienzo, ya no vacío, pero sí inacabado. Sujeté el pincel. Usando el suelo como paleta, pues en él se hallaban todas mis pinturas derramadas, comencé a buscar en aquel singular paisaje, el amor que había perdido. ¿Cómo expresar aquel sentimiento tan profundo, en árboles y tierra? ¿Dónde se escondía aquella sensación de paz y alegría que se me escurría por los dedos? Al cabo de unos minutos, mi frente estaba perlada de sudor, aquel era, verdaderamente, un día caluroso.

Mientras pintaba, pude notar cómo todo empezaba a cobrar forma frente a mis ojos. El amor, a veces podía ser tan difícil como llenar un cuadro en blanco, y cuando no sabes bien qué hacer, la decepción te impulsa hacia aires tormentosos. Al tirar los colores, nunca noté lo bello que me esperaba luego de tan desastrosos momentos. ¿Es que así es el amor? Un sentimiento tan invisible para nosotros, pero… ¿A la vez tan evidente en

nuestras formas de actuar?

Continué pintando. No pude bajar el pincel ni un segundo, solo por temor a perder el hilo, al cual por fin, conseguí aferrarme.

Al terminar, me di cuenta de que había agregado, en una de las ramas del árbol más alto, un pequeño pajarillo de alas rojizas y brillantes, que parecía cantar una melodía especial, envolviendo al cuadro en su totalidad. Sin querer, me pregunté a mí mismo cual sería la canción escogida por aquel animalito, pues ni yo mismo podía imaginarla. Divagaba en todo esto, cuando escuché claramente el sonido de una melodía suave y profunda. Las notas simulaban bailar al compás del viento, llevándose consigo cualquier tristeza o pena pasajera. Era la primera vez que la escuchaba, pero yo ya sabía a quién le pertenecía. Aquella era la composición escogida por un pajarillo de alas rojas y brillantes, que intentaba contarle al bosque, sobre su búsqueda del amor perfecto…

Solo que al final, terminó por descubrir que el amor más puro que alguien puede encontrar, corresponde a aquel que pueda seguir tus propias melodías y cuyo canto, complemente las notas de tu propia voz.

Sin pensármelo mucho, me levanté con cuidado, dejando el pincel sobre una mesa de trabajo y me encaminé, detrás de aquella canción que mi ave, había buscado sin descanso por las formas del lienzo.

El sonido provenía del patio principal de la escuela, que se hallaba en medio de un enorme jardín lleno de flores y árboles que parecían brillar en distintos colores. Allí, una dulce niña tocaba el violín mientras perseguía con ánimo a los pajaritos que volaban por el lugar, atraídos por la música que ella creaba al deslizar el arco una y otra vez, siguiendo el ritmo de su propio corazón.

No podía dejar de contemplarla, más aun, cuando noté cómo un pajarillo de alas rojizas se posaba sobre la cabeza de la joven y cantaba con ella, una balada sobre la búsqueda de un amor ya no perfecto, pero si maravilloso. Pensaba retirarme con aquella imagen en mente, pero la joven notó mi presencia. No tuve más remedio que saludarla, agitando una de mis manos manchadas de pintura. Ella me mostró una sonrisa sincera, y al culminar la pieza musical, me preguntó desde aquel escenario teñido de vida:

-¿Encontraste por fin el amor que buscabas en tu pintura?

Fue entonces, que reparé en la razón por la cual, el rostro de aquella violinista me resultaba tan familiar. Ella fue la primera en ver el bosque tras la tormenta, y la única que pudo sentir la canción que el petirrojo de

mi lienzo, intentaba alcanzar.

Sin decir palabra alguna, sujeté con mayor fuerza una pequeña llave dorada, cuyo metal, bien podría haberse derretido bajo el calor de aquella extraña tarde de primavera.

Esa joven, era la encargada de cerrar las puertas de los salones cuando el sol comenzaba a ocultarse y sin duda alguna, también fue la que me permitió continuar la historia, de un amor perdido en colores.

***